

APUNTES NECROLÓGICOS

EL P. JOSÉ VINUESA (s. J.)

En la residencia de los PP. Jesuitas de Santander, de donde era Superior, ha muerto el sabio jesuita, el orador grandilocuente, el celebre conferencista, el talento inmenso, una de las glorias mas grandes y legítimas de Donostiya, uno de los hijos más preclaros de Euskaria; el nombre que encabeza estas líneas: el insigne P. Vinuesa, de la Compañía de Jesús.

Los que tuvimos la dicha de oír sus notables conferencias político-sociales que pronunció hace algunos años en la parroquia de San Vicente, y más tarde sus magistrales oraciones sagradas en la de San Ignacio, notamos, sí, un alarmante decaimiento físico que nos inquietó algún tanto; nos parecía que aquel enervamiento de fuerzas era acaso consecuencia inevitable del excesivo trabajo que pesaba sobre su naturaleza, ya para entonces muy trabajada; pero nunca pensamos en tan prematuro y funesto desenlace, jamás hubiésemos imaginado que aquellas hermosísimas conferencias habían de ser como el adiós último que el queridísimo donostiarra dirigía á su país natal, á este país del que nunca hubiera querido separarse.

Pero lo que nosotros ignorábamos, él ya lo preveía, y lo anunciaba, pues con motivo del sermón que predicó en bascuence cuando se celebraron las fiestas euskaras de Oyarzun recibió multitud de felicitaciones, siendo una de ellas la del director de esta Revista, á la que contestó con su proverbial amabilidad y patentizando aquel visible decaimiento: «*galduba naiz; ez tet ezertarako baliyo*».

Aquella vida fecunda en trabajar por la gloria de Dios, aquel espi-

ritu consagrado á la difusión de la verdad, aquel entendimiento claro, aquella palabra persuasiva, arrebatadora é incomparable, aquel profundo teólogo, aquella comprensión rápida, aquel jurista eminente, aquel carácter extraordinario del saber y maravilla de elocuencia, no brillará más como astro esplendoroso en el cielo de la ciencia, no se extenderá como luz meridiana por todos los horizontes, como rayo luminoso por todos los espacios, como genio por todos los mundos: ya no podremos escuchar aquella palabra que nos hacía recordar las inimitables páginas de elocuencia de Santo Tomás y San Agustín, de Bossuet y Lacordaire; ya, sus frases fascinadoras, sus periodos asombrosos, sus conclusiones contundentes, no podrán congregarse bajo las bóvedas majestuosas de los templos á lo más saliente y distinguido de las letras, de las ciencias y de todos los ramos del saber humano; la energía de su espíritu ha fenecido; su palabra ha enmudecido para siempre, su vida ha terminado en el mundo de las luchas y de las amarguras, para continuar entre los bienaventurados; el P. Vinuesa ha muerto

pero ¡qué digo ha muerto! ha volado a las regiones infinitas para recibir la corona de la victoria y el cetro de la felicidad eterna.

El P. José Vinuesa y Zurbano nació en San Sebastián el 22 de Marzo de 1848, y era descendiente de una de las familias bascongadas más nobles. Se dedicó á la carrera de Leyes, y desde sus primeros años de estudio apareció en relieve su inmenso y extraordinario talento, hasta tal punto, que cuando era discípulo del nunca bastante llorado donostiarra D. Vicente Manterola y en funciones que celebraba la Juventud Católica de Vitoria de la que éste último era presidente, el P. Vinuesa pronunció un grandioso discurso, á cuyo final pronunció otro el gran Manterola, comenzando por estas palabras, que ha citado en su necrología el diario local *La Constancia*: «Me levanto á hablaros profundamente conmovido, al ver á mi discípulo de ayer convertido en maestro hoy».

Hubiera llegado, á no dudar, a ser una lumbrera en el foro español, hubiera sido un gran abogado si, como él mismo dijo en una notable conferencia, (1) renunciando á lo que tenía y arrojando sus

(1) Conferencias sobre el trabajo pronunciadas en Gijón.

esperanzas por la ventana, no se hubiera cubierto del saco negro que cubre á todo hijo de San Ignacio.

El P. Vinuesa fué uno de los raros varones que después de concluir sus estudios en el mundo, continuó y terminó los completos y latos de la Compañía de Jesús, y digo raros, porque son contadas las vocaciones que después de haber cursado y concluido los estudios de cualquier carrera en el mundo, hayan podido proseguir los completos de la Compañía; circunstancia que, dado su gran talento, contribuyó para que aquella ilustre persona fuera un varón de consulta, un hombre en el que podía dejarse á ciegas la resolución de cualquier problema por espinoso que este fuera, en la seguridad de que había de quedar zanjado definitivamente con el mayor acierto.

En sus ministerios, se dedicó primeramente al magisterio, y desde el año 1881, enseñó Leyes en los colegios de la Compañía, comenzando en el de La Guardia, y continuando más tarde en Valladolid y Deusto; fué en el primero de estos colegios P. Espiritual de los alumnos de Estudios Superiores, y llegaba á tal grado la confianza, veneración y respeto que los alumna sentían hacia él, que apenas había un asunto que se resolviera sin el concurso ni asentimiento suyo.

Dedicado más tarde á misiones, adquirió gran fama de elocuentísimo orador sagrado; bastaba el solo anuncio de la predicación del sabio Jesuita para que una hora antes de la del sermón se llenara el templo de gente que descollaba entre lo más notable del mundo de las letras; Cánovas, Sagasta, Pidal, Moret, Castelar, Montero Ríos y otros muchos de nuestros personajes políticos ocupaban las delanteras de las parroquias de Madrid con el fin de escuchar su maravillosa palabra, á más de grandes literatos, escritores, oradores y gente de todas las clases sociales.

Cuéntase que al salir, creo que de la parroquia de San Luis de Madrid, el ya difunto jefe de partido Sagasta, después de oír una de las oraciones del gran donostiarra, prorrumpió en estas ó parecidas frases: «*en realidad que convence, convence*».

Después de la desaparición del crucero de guerra «Reina Regente» pronunció en la Coruña una oración grandilocuente, enternecedora, que llamó poderosamente la atención del clero, autoridades, personas de saber y del auditorio en general, todos los cuales confirmaron haber sido aquel discurso modelo acabado de la oratoria sagrada más sublime.

A más de infinito número de discursos y sermones que pronunció por toda España, sus conferencias político-sociales en Gijón, Madrid y esta capital, fueron escuchadas por personas de todo género de ideas, y todas convenían en un punto, que era el de que sus argumentos y doctrina eran incontestables.

Quebrantada ya su salud por tanta fatiga como le proporcionaban sus continuados trabajos, fué destinado á hacer vida de residencia; mas no por eso dejó de predicar en todas las ocasiones que podía. El discurso que pronunció por aquel tiempo en el Congreso Eucarístico de Lugo, fué una verdadera maravilla de elocuencia, un monumento insigne de sabiduría, levantado en aras de la Iglesia Católica; elocuencia que llenó de asombro á cuantos le escucharon, de pasmo a aquella asamblea de verdaderas eminencias.

¡Lástima grande que sus discursos todos no se encuentren ya coleccionados! Nombrado Superior de la residencia de Santander, sufrió hace poco tiempo una pulmonía doble, de la que mal repuesto sin duda, ha entregado su alma á Dios el 21 de este mes

¡Vida gloriosa, consagrada á la propagación de la única verdad que es la que encierra la Iglesia Católica!

Con la muerte del P. Vinuesa, ha perdido la Iglesia uno de sus más ilustres defensores, la Compañía de Jesús uno de sus más sabios hijos y el país bascongado uno de sus hombres más eminentes.

En cuanto se tuvo conocimiento de la triste nueva en esta ciudad, el sentimiento que produjo fué grandísimo, pues el citado padre contaba con numerosas simpatías en su pueblo natal.

La Diputación, que se hallaba accidentalmente reunida en sesión, hizo constar en acta, a petición de D. Joaquín Pavía, el hondo sentimiento que había causado la muerte del ilustre guipuzcoano. El mismo acuerdo se tomó en la sesión del Ayuntamiento á petición del alcalde señor Elósegui. En ambas corporaciones el acuerdo se tomó por unanimidad.

¡Descanse en paz el gran donostiarra, el sapientísimo hijo de San Ignacio de Loyola!

ADRIÁN DE LOYARTE.

